

## EL DISCURSO

DE MONSEÑOR RAFAEL MARIA CARRASQUILLA AL INAUGURARSE EN LIMA EL PANTEON DE LOS PROCERES

*El Comercio* de Lima da razón de este discurso, en los siguientes términos:

Monseñor Carrasquilla tomó la palabra y, en una bella improvisación dijo, más o menos, lo siguiente:

“Señores:

“Presa de profundísima emoción, vengo a hablar delante de vosotros. Considero la invitación tan galante como inmerecida del gobierno del Perú al centenario de Ayacucho como una de las honras más señaladas que yo haya recibido jamás, y ella me ha dado ocasión de conocer a Lima y satisfacer así una de las más fervientes aspiraciones de mi alma.”

El orador comparó, en seguida, el concurso reunido en el Panteón a los hijos que se congregan en rededor de la mesa paterna para celebrar el cumpleaños de la madre. “Aquí veo, dijo, hermanos de todo el mundo de Colón, desde la noble república situada al norte, donde el Popocatepet esmalta la negra noche con lluvia de centellas hasta la portentosa república austral donde el Plata inmenso rechaza veinte leguas adentro la soberbia de las salobres ondas del océano.”

Hizo luego cálido elogio del patriotismo, considerándolo como deber de ley natural y cristiana y hablando de la patria en términos de fervoso cariño. “Estamos celebrando el centenario de la patria, de vuestra patria de origen, nobles peruanos que me escucháis, y para los demás aquí reunidos de nuestra patria grande que es el continente americano.”

En seguida hizo justiciero elogio de España como civilizadora del Nuevo Mundo y recordó la acción benéfica de la Iglesia Católica que introdujo la imprenta, “telégrafo sin hilos del pensamiento humano,” y fundó universidades y colegios. Elogió cariñosamente la Universidad de San Marcos, y recordó cómo en ella se formaron los futuros fundadores de la república.

Siguió breve reseña de la guerra de la independencia y un ardiente elogio al Libertador Bolívar, “ante cuyo nombre todo nombre se eclipsa, como las estrellas a la salida del sol.”

“Triunfa Bolívar, dijo, en Junín, ordena a Sucre que venza en Ayacucho. El inmaculado Sucre, modelo de disciplina cumple las órdenes del jefe en la épica batalla donde se combinaron la ciencia militar y el valor heroico de jefes y soldados. Fue allí donde el granadino José María Córdoba ascendió al Cunduncurca con armas a discreción, de frente y a paso de vencedores.”

Terminó el orador esta parte de su disertación, más o menos, con las frases siguientes:

“¡Salve noble nación peruana! Salve imperio sagrado de los incas, teatro de las hazañas y guardador de los restos de Pizarro, ciudad del sol, ciudad de los reyes, hija mimada de España, estadio donde se consumó la libertad de un mundo! Tierra perfumada no con el de las flores naturales, sino con el aroma de la mística Rosa que descendió del cielo, vivió un instante en medio de vosotros y tornó al cielo de donde había venido. Salve, nación de grandes estadistas, de heroicos guerreros, de sublimes artistas y poetas; morada de la perfecta cortesía, de la regia hospitalidad, de los caballeros sin tacha, de las damas gentiles como virtuosas.

“Excelentísimo señor Presidente de la República: mi admiración para con vos sólo es igualada por mi agra-

decimiento. Tened certeza de que la una y el otro vivirán en mi pecho hasta que exhale el último suspiro.

“Ignoro lo que nos reserve el porvenir, pero tengo el presentimiento de que, cuando Europa más tarde o más temprano se rinda al peso de su grandeza treinta veces secular, América será el asiento de la civilización y la dominadora del mundo. Mas para ello se requiere que aprendamos a conocernos y amarnos y nos apretamos en cerrada falange para defender nuestra gloriosa autonomía. Al Perú, situado en el centro de la América austral, colindante con casi todas sus hermanas y que es por lo tanto el corazón de América, corresponde el papel principal en esta obra redentora.”

En el curso de su oración había encomiado el modo como la república peruana sabe glorificar a sus héroes y al propio tiempo impulsar vigorosamente el progreso nacional. “Un país que ignora su historia y no sabe honrar a sus mayores, no es un pueblo hidalgo, dijo, no es un pueblo de caballeros; pero el que sólo vive de gloriosas memorias se asemeja a los hijos degenerados de familias ilustres que sólo saben hablar de sus apolillados pergaminos. El Perú cumple ambos deberes. Aquí he saludado reverente la estatua del varón supremamente grande, del vencedor en cien combates, del admirable estratega, fundador de la Argentina, protector del Perú, que se llamó don José de San Martín; me he inclinado ante la efigie del Libertador Bolívar, asistí ayer a la inauguración del monumento a Sucre; y he presenciado cómo al mismo tiempo que se celebran estas fiestas centenarias con magnificencia que excede a la imaginación, el presidente y el pueblo peruanos tienden rieles, abren carreteras, irrigan los desiertos para convertirlos en emporio de riqueza, improvisan suntuosos palacios.

Cuando las cenizas de nuestros grandes hombres ya reposen en este Panteón, venid a él y guardad silencio para escuchar la voz con que vuestros padres os gritan desde la inmortalidad, ¡excelsior! ¡excelsior! más alto, más allá!”»

Terminó Monseñor Carrasquilla dando un viva al Perú.

---

## ORACION FUNEBRE

DE DON SIMON RODRIGUEZ, PRONUNCIADA EN EL PANTEON DE LIMA POR MONSEÑOR RAFAEL MARIA CARRASQUILLA

*Qui ad justitiam erudiunt multos  
fulgebunt quasi stellae in perpetuas  
aeternitates.*

(Libro de Daniel).

Excelentísimo señor Presidente del Perú, Ilustrísimo señor Arzobispo de Lima, Excelentísimos e Ilustrísimos señores, hermanos míos:

Por encargo inmerecido y honrosísimo del egregio conductor del Estado, me hallo en esta cátedra sagrada para pronunciar el encomio fúnebre de don Simón Rodríguez, con ocasión de trasladarse sus restos venerandos aquí presentes desde la iglesia de Amotape, donde yacía desconocido y olvidado, hasta esta brillante capital donde le sepultaremos en el panteón de los grandes hombres, circuido con los resplandores de la fama.

Hoy hemos conducido desde las riberas del mar los despojos de un hombre, tributándole los supremos honores señalados por las ordenanzas militares para honrar al jefe del Estado. ¿Quién fue aquel cuyo espíritu inmortal animó este puñado de cenizas? ¿Acaso el